

llegado á extinguirse del todo. Os amais, Christianos, de esta manera? Si no teneis por vuestros propios intereses mas solicitud que la que manifestais por los de vuestros hermanos, arrastrais sin duda una vida bien desgraciada; pero no sucede así, porque estais muy solícitos en separar de vosotros todo motivo de sentimiento, y muy atentos para procuraros los placeres y las comodidades. No hay que temer que abandoneis vuestro amor, al contrario, el exceso en esta parte es la causa mas cierta de vuestra indiferencia para con el próximo. Os amais demasiado, sí, y por esta causa ni considerais sus trabajos, ni los compadeceis, ni procurais el remedio, temiendo que acaso se aflixa vuestro corazon, y se prive de aquella tranquilidad, á la qual se dirigen todos vuestros cuidados.

Dios mio, arracad de nuestros corazones esta semilla peligrosa del amor propio, ó si á lo ménos por un secreto adorable de vuestra justicia no puede extinguirse del todo este vicio funesto, haced que la caridad le modere y debilita. Dadnos, Señor, á conocer toda la importancia de este precepto: infun-

*despues de Pentecostes.* 107  
didnos la gracia que se requiere para cumplirlo. Formad en nuestros corazones este doble amor, en el qual se contienen todos los preceptos de la ley; y haced que amándoos de todo corazon, y amando al próximo como á nosotros mismos, seamos dignos de una recompensa eterna. Así sea.

## DOMINGO XVIII.

### DESPUES

## DE PENTECOSTES.

### EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.  
cap. I. v. 4. 8.

*Hermanos: Gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros por la gracia de Dios, que os ha sido dada en Jesu-Christo: Porque en todas cosas sois enriquecidos en él, en toda palabra, y en toda ciencia:*

*Así como ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Christo: De manera que nada os falta en ninguna gracia, esperando la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo, el que tambien os confirmará hasta el fin sin culpa, en el día del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo.*

### INSTRUCCION.

**L**a Iglesia sin duda para que llóremos y temblemos nos pone hoy á la vista los testimonios que el Apóstol San Pablo daba á los fieles de la Iglesia de Corintho. Este testimonio es la confesion de mayor consuelo que puede hacer un Ministro, porque prueba la fidelidad del Apóstol, y la docilidad del pueblo; ¡pero qué distante estoy yo, hermanos míos, de poderme dar y aplicar este testimonio! Léjos de lisongearme del fruto de mis tareas, ¿no podré humillarme al ver que la palabra santa se desprecia por el mayor número de Christianos? Voy

*después de Pentecostes.* 109  
 ptes á daros á conocer en la explicacion de esta Epístola la distancia que hay de las costumbres de los primeros fieles á las vuestras, la extension de su caridad, y la cortedad de la vuestra, y en fin, con quanta confianza podian esperar el día de la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo que á vosotros os inquieta tanto, temiendo que os encuentre vacíos de buenas obras. Ved en compendio la materia de esta instruccion. Mi objeto al presentaros estas verdades, no tanto es afligiros, quanto excitar en vuestros corazones una emulacion generosa. ¡Oxalá que el Dios de toda caridad forme en vosotros esta preciosa disposicion!

Hermanos: gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios. En estas palabras nos manifiesta el Apóstol toda la extension de su vigilancia y el ardor de su caridad, enseñándonos á los Ministros del altar que no nos basta trabajar con alguna actividad y zelo, sino que debemos poner una singular atencion para estudiar los frutos que producen nuestros trabajos, á fin de reconocer si son convenientes los medios que emplea-

mos. La oracion es el camino mas propio para preparar el buen éxito de nuestro ministerio, y la accion de gracias y el reconocimiento es el mas eficaz para que sea durable. Sobre todo debemos persuadir al pueblo que la ingratitude en qualquier género es un vicio odioso con relacion á Dios, abominable por su naturaleza, y pernicioso por sus consecuencias.

Acostumbrémonos pues á dar gracias á nuestro Dios por los beneficios que nos hace todos los dias, y singularmente por la gracia que nos ha dado por Jesu-Christo. El Apóstol nos enseña hoy que debemos ser agradecidos á nuestra vocacion á la fé, y hacer de ella el objeto de un reconocimiento no interrumpido. ¡Pero qué distantes estamos de este sentimiento de gratitud, quando no pensamos ni un momento en nuestra vocacion; quando vivimos en el seno del Christianismo, sin considerar que Dios se ha dignado escoger con preferencia á tantos otros pueblos que tiene abandonados! Este es el carácter del mayor número de Christianos á excepcion de algunas almas fieles que se han acostumbrado desde la

juventud á celebrar su nacimiento espiritual. La mayor parte apenas saben si son Christianos, ó no lo saben sino porque han oido esta verdad desde la infancia; pero aquellas primeras instrucciones no han tenido bastante fuerza en su alma, ni han podido grabar en su memoria ni la naturaleza, ni el precio, ni los derechos de su vocacion. Conviene pues, hermanos míos, dar á Dios frecuentes acciones de gracias, porque si os hubiera abandonado á las tinieblas que os rodeaban en aquellos primeros años, estariais hoy confundidos en el número de tantos infelices, como se han separado del seno de la Iglesia, para abrazar otras opiniones, y ser miembros de una religion que desconocé nuestros misterios y nuestros dogmas. ¿Serán dignos semejantes Christianos de tener este honroso título? ¿No deshonran este precioso carácter con vicios y opiniones las mas criminales? Vosotros que habeis estudiado la grandeza de vuestra vocacion, acordaos que el primer sentimiento que ella debe inspiraros es el reconocimiento, porque Dios no os es deudor de haberos escogido por Jesu-Christo, co-

mo tampoco lo es de todas las gracias, para las cuales os concede un derecho seguro esta vocacion. En todas cosas sois enriquecidos en él, añade el Apóstol, en toda palabra y en toda ciencia. La mayor ventaja de los Christianos consiste pues en oír la palabra santa, y en afirmarse en la ciencia de la salvacion; pero si esto es así, ¿por qué mostrais tanta indiferencia á las palabras de Dios? ¿De dónde proviene esa afectada eleccion de Ministros, y la crítica que haceis quando carecen de aquellos talentos superiores que distinguen á otros, y de aquellas gracias naturales que sazonan los buenos discursos? ¿De dónde proviene el disgusto que manifestais quando no consigue fixar vuestra atencion sobre las verdades que os anuncia? ¿No está muy distante esta conducta del sentimiento de accion de gracias que os inspira el Apóstol al principio de esta Epístola? ¿Pensais que se puede unir la piedad con esta peligrosa costumbre? Hermanos míos, tened entendido que ella es muy reprehensible por muchos respetos. En primer lugar ofendeis á Dios, que es dueño de hacer pasar sus dones por aquellos canales

que sean mas conformes á sus designios; por lo qual debeis acostumbraros á oír la palabra santa con la simplicidad de corazon que exige su grandeza, teniendo presente que los buenos artífices se valen muchas veces de instrumentos toscos para executar las obras mas sólidas y perfectas. Ofendeis, en segundo lugar, al Ministro que os anuncia la palabra santa, y con esa afectacion ridicula que ostentais desconcertais sus mejores planes, afligis y enervais en algun modo sus talentos, y perdeis el fruto que se prometia de sus tareas si le hubierais escuchado con mas atencion. ¿Deberéis pues admiraros, segun esto, que los Ministros no muestren ni ardor para instruirse, ni zelo para desempeñar su ministerio? Ofendeis, en tercer lugar, á los Christianos que se reúnen con vosotros en el templo, y vuestro mal exemplo sin duda es un motivo poderoso de escándalo. Esa eleccion de oradores, ó por mejor decir, ese desprecio de los que carecen de las gracias y dotes naturales que tanto se requieren para encantar á los oyentes, influye sobremanera en su descrédito, y contribuye al poco fruto que sacan algunos

fieles sencillos que se contentarian con discursos ménos pomposos. Os ofendeis últimamente á vosotros mismos, porque Dios, que tiene designios y miras muy altas, aunque incomprendibles sobre vosotros, ha querido que un Ministro sin talentos ni eloqüencia fuese quizá el instrumento de vuestra conversion. Las instrucciones que parecen ménos sólidas, contienen siempre algunas verdades, cuya meditacion es muy esencial á la salvacion eterna; y si las reflexiones del orador carecen de aquellas gracias que encantan, el Espíritu Santo que sopla donde quiere, y quando quiere, sabe penetrar la nube que obscurece su palabra, y pasar á los corazones los rayos de su gracia.

¡Qué fácil es distinguir entre los Christianos aquellos que oyen con frecuencia la palabra de Dios, y la meditan como corresponde. Examinad su conducta y sus obras, y por ellas conocereis si puede decirseles, lo que el Apóstol decia á los de Corinto: ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Christo; de manera que nada os falta en ninguna gracia. ¿Y de qué modo podrá ser confirmado en

nosotros el testimonio de Jesu-Christo, sino por la atencion que damos á su palabra, y por la meditacion de las obligaciones que nos impone? Si vivimos como Jesu-Christo, si practicamos la humildad, la dulzura y la paciencia de Jesu-Christo, si frecuentamos los ejercicios de la religion, si oramos con devocion y respeto, si nos ocupamos como Jesu-Christo en seguir los designios de su Padre que está en el cielo, y nos abramos en un santo deseo de la patria que nos espera: entónces podremos decir que está confirmado este testimonio entre nosotros. ¿Pero podré yo asegurar que nada os falta en ninguna gracia? No, hermanos míos, la fe de los unos es tan débil, tan frágil la esperanza de los otros, y tan fria la caridad de todos, que léjos de poder yo hablar como el Apóstol, me veo reducido á desear que Dios llene vuestras almas de los dones que os faltan para que camineis en la esperanza de la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Christo. De esta manera él os confirmará tambien hasta el fin sin culpa, en el dia del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Christo.

Este pensamiento del juicio universal está muy distante de vosotros, y una verdad tan terrible no hace la misma impresion sobre todos los corazones. Los unos no piensan en ella, los otros la miran con horror, y muy pocos trabajan con eficacia para procurarse los consuelos y las gracias en esta inevitable manifestacion. Si siempre meditásemos, hermanos míos, esta cuenta terrible que debemos dar en presencia de Jesu-Christo, y á la faz de todos los pueblos, de tantos pensamientos, palabras y obras contrarias á la ley; si á todas nuestras acciones precediese esta útil reflexion, encontraríamos un remedio para nuestro orgullo, y un contrapeso á la inestabilidad de nuestro corazón. Meditad por tanto esta verdad, y ella producirá el sentimiento saludable de ese temor filial que ve entre las manos del juez los castigos y las recompensas, y en el pecado una ofensa hecha á un Padre amoroso que nos concede sus gracias á manos llenas: ella producirá la contricion del corazón, ese dolor que previene los juicios de Dios, por medio del juicio riguroso que hace el pecador sobre sí mismo, el

qual desarma la Justicia Divina inspirando una saludable penitencia: ella producirá la humildad, y hará que transportándonos en espíritu á los pies del Soberano Juez, consideremos la muchedumbre de nuestros pecados, y que viéndonos sin otro apoyo ni defensa que algunas pocas obras imperfectas, depongamos el orgullo que ostentamos engañándonos á nosotros mismos con el aparato de la virtud: ella producirá la dulzura y la caridad fraterna, porque nos presentará entre las manos de Jesu-Christo esa medida, de que nos habla el Evangelio, y por la qual seremos medidos; es decir, que nuestra conducta con el próximo servirá de regla para la que haya de tener el Soberano Juez con nosotros: ella producirá en fin la paciencia, ofreciéndonos la cruz de Jesu-Christo, como un título, en virtud del qual podemos tener un derecho á los consuelos que nos dará el justo Juez, siempre que nuestra vida se haya conformado con esta cruz. De esta manera es como, segun la expresion del Apóstol, nos confirmará la gracia de Jesu-Christo, y nos hará irre-

prehensibles en el día de su advenimiento.

Entrad dentro de vuestro corazón, hermanos míos, para reconocer si podeis daros este testimonio consolador: si la conciencia os dice que sois dignos de la atención de un Dios, que debe juzgar al mundo con sus Santos, y que habeis seguido en todo los pasos á Jesu-Christo, seréis tambien dignos de ser honrados con su testimonio, y coronados de la gloria que prepara á sus escogidos en la bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,  
cap. 9. v. 1. 8.

*En aquellos días: entrando Jesus en un barco, pasó á la otra ribera, y fué á su ciudad. Y he aquí le presentáron un paralytico postrado en un lecho. Y viendo Jesus la fe de ellos, dixo al paralytico: Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Y luego algunos de*

*despues de Pentecostes. 119*  
*los Escribas dixéron dentro de sí: Este blasfema. Y como viese Jesus los pensamientos de ellos, dixo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil, decir: Perdonados te son tus pecados; ó decir: Levántate, y anda? Pues para que sepais, que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo entónces al paralytico: Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa. Y levantóse, y fuese á su casa. Y quando esto viéron las gentes, temiéron, y loáron á Dios, que dió tal potestad á los hombres.*

#### INSTRUCCION.

Que los pueblos se apresurasen á presentar á Jesu-Christo los enfermos mas desahuciados, no es una cosa que deba excitar nuestra admiracion, quando una feliz experiencia les habia enseñado que este Dios benéfico no habia venido entre los hombres, sino para re-

mediar sus miserias; y así era muy natural que el paralítico de quien nos habla el Evangelio de este día, se aprovechase del pasage de Jesu-Christo para interesarle en su salud. Pero lo que me admira es que estando nosotros oprimidos de enfermedades mucho mas peligrosas que las del cuerpo, y reducidos á un estado mas triste por las llagas que ha hecho el pecado en nuestras almas, seamos tan tardos para presentarnos á Jesu-Christo, é interesarle en nuestros males, siendo así que la bondad que manifiesta hoy con el paralítico debería excitar nuestra confianza, y empeñarnos á solicitar la curacion con la misma diligencia que manifestamos para las enfermedades corporales. Esta es la única consecuencia que nos suministra el Evangelio; pero consecuencia que contiene otras muchas de grande importancia. No penseis que el Espíritu Santo ha querido darnos á conocer las acciones de Jesu-Christo únicamente para satisfacer nuestra curiosidad, para excitar nuestra admiracion y atraer nuestros elogios. No, las consecuencias saludables que debemos deducir de las virtudes que nos

presenta, exigen toda nuestra atencion. Considerad, hermanos míos, que debéis dar cuenta muy exácta del efecto que ha producido esta verdad en vuestros corazones; por lo que, y para que yo pueda daros á conocer todo su valor, seguidme en la exposicion que voy á hacer de este Evangelio.

Jesu-Christo no habia venido á la tierra para procurarse los placeres de una vida cómoda y tranquila, sino para trabajar sin descanso en la santificacion de las almas; para cumplir la voluntad de su Padre á expensas de su tranquilidad; para no conocer otro intervalo en las penosas tareas de su ministerio, que un ayuno diario y continuadas oraciones; para verse siempre cercado de una multitud de pueblos, entre los quales unos le piden milagros, otros procuran tentarle y sorprehenderle, y el mas pequeño número desea instruirse; para estar expuesto á las invectivas y á los insultos de una nacion ciega, ó de los Fariseos orgullosos y envidiosos; en una palabra, para no hallar un lugar donde poder reclinar con seguridad su cabeza. Estas son, Christianos, las acciones y la conducta de Jesu-Christo, y el



compendio de su vida mortal. ¿No podré yo según esto reprobado las murmuraciones que os permitis todos los días sobre los males y contradicciones que sufris en vuestro respectivo estado? No quiero por esto decir que vuestra situación esté libre de sentimientos: conozco que hay muchos entre vosotros que comparados con los felices del siglo, son dignos de una verdadera compasión; pero si se comparan sus trabajos con los de Jesu-Christo, no merecen consideración alguna.

Jesu-Christo venia de predicar de la otra parte del lugar de Genesareth, y entrando en un barco, pasó á la otra ribera, y fué á su Ciudad. Y he aquí le presentáron un paraliático postrado en un lecho. Tal era el crédito que tenia por sus milagros. ¡Ojalá que vosotros á su imitación no fueseis conocidos sino por vuestra caridad; de manera, que tan pronto supieseis los males, como les aplicaseis el remedio! El paraliático que presentan á Jesu-Christo está postrado en un lecho. Todo es interesante en el estado en que este hombre se halla; pero principalmente merece vuestra atención la naturaleza de su

enfermedad, la situación en que nos le pinta el Evangelio, y su prodigiosa curación espiritual y temporal. No perdamos de vista ninguna de las circunstancias de este suceso.

La parálisis es una enfermedad que entorpece y quita el movimiento de todos los miembros del cuerpo. La vida del paraliático es la más infeliz, molesta y miserable que puede imaginarse. La pesadez de su cuerpo comunica á su espíritu un entorpecimiento que le hace insoportable. El es incapaz de una aplicación constante, y en muchas ocasiones apenas puede entender lo que se habla en su presencia. Esta enfermedad tiene también diferentes grados más peligrosos unos que otros; y así vemos que el paraliático de nuestro Evangelio estaba reducido á una tal situación, que no pudiendo ayudarse á sí mismo, se vió obligado á recurrir á sus amigos para que le presentasen á Jesu-Christo.

Comparemos por un momento á este paraliático, cuyo estado excita vuestra compasión con uno de esos pecadores de costumbre, insensibles ó indiferentes, que tragan el pecado como

el agua, que no sienten ningun remordimiento, y que han perdido de tal manera el gusto de todas las virtudes, que ni aun conocen sus nombres. ¿Cuál de estos dos enfermos será mas digno de lástima, hermanos míos? Ah, si acaso en el pequeño número de los que me escuchan hay algunos de estos pecadores endurecidos, sepan pues que son las figuras mas expresivas del paralítico de nuestro Evangelio; ¿pero qué esperan para interesarse á Jesu-Christo en sus males? Si no tienen amigos que quieran prestarlos sus auxilios, ¿no encontrarán en la compasion y en la caridad de algunos Ministros del altar el medio de dar este importante paso? Sí, hermanos míos, los primeros esfuerzos que hace un pecador para salir de su pecado son para nuestro ministerio un espectáculo muy interesante: considerad el interés que toma Jesu-Christo mismo, pues viendo la fe de ellos, dixo al paralítico: hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Vosotros, hermanos míos, permitidme que os pregunte, ¿sentís en vuestro corazon esta confianza quando salís del tribunal de la penitencia? Ah! Si viniérais á exponernos

hoy vuestra miseria con tanta sinceridad como el paralítico de nuestro Evangelio; si experimentaseis á la vista de vuestros pecados la misma tristeza que le causa su enfermedad; si aspiraseis á recobrar la gracia con tanto ardor como este enfermo pide la salud; no solo la voz del Sacerdote, sino la del Espíritu Santo dexaria oír dentro de vuestro corazon estas palabras de consuelo: hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. ¿Pero sabeis por qué Jesu-Christo remite los pecados de este hombre ántes de curar la enfermedad de que se ve poseido? Escuchad dos razones poderosas que me ocurren para daros una idea de esta conducta misericordiosa.

Primeramente quiso enseñarnos que siendo las enfermedades corporales un castigo visible de nuestra desobediencia, no puede retirar el brazo que nos castiga, sino quando arranquemos de nuestro corazon esas funestas pasiones que han excitado su ira. Por tanto debemos dirigirnos á Dios en todas nuestras enfermedades, y rogándole que levante su mano que tan poderosamente se dexa sentir sobre nosotros, debe-

mos pedirle con preferencia que destruya la iniquidad y el pecado que han sido causa de que nos trate con tanto rigor. Me parece que hay pocos Christianos que esten persuadidos como corresponde de esta necesidad. ¿No es verdad que, quando estais enfermos, los socorros que buscáis con ménos sollicitud, son aquellos que Jesu-Christo ha preparado para vuestro alivio? ¿Si los Ministros de la reconciliacion se llegan á vuestra cama para persuadiros que estais en un estado muy lastimoso, y que teneis necesidad de auxilios pronto y eficaces; no se ven obligados á tomar mil precauciones para evitaros el susto que os impone esta noticia? ¿Estos remedios saludables léjos de suavizar y curar vuestros males, no causan en vuestra alma una agitacion y un temor, que muchas veces acelera la muerte? Temblad, Christianos, pero sea de la enormidad de vuestros pecados, para pedir á Dios que sane vuestras almas.

En segundo lugar, prefiriendo Jesu-Christo la curacion espiritual del enfermo de nuestro Evangelio, ha querido enseñarnos que los bienes espiri-

tuales son infinitamente superiores á las ventajas terrenas y pasajeras, y que los tesoros de la gracia son preferibles á los honores, á las riquezas, á la abundancia y á la santidad misma, aunque éste sea el primero de todos los bienes; pero vuestras ideas no van conformes con las de Jesu-Christo en este punto. La felicidad, segun vosotros, consiste en aumentar los recursos temporales; en multiplicar los bienes de fortuna; en el establecimiento de vuestros hijos; en el goce de todos los placeres, y muchas veces la atencion que prestais á los negocios del mundo os absorbe de tal manera el tiempo, que no reservais ni un instante para cumplir las obligaciones de la religion. ¡Ah! si tuviereis fe, os avergonzariais en este instante de esa felicidad imaginaria al considerar vuestra verdadera miseria. Jesu-Christo nos enseña hoy á juzgar con mas exâctitud de los bienes sólidos y de los males verdaderos, anunciando al paralítico la remision de sus pecados antes de hablarle de la curacion de su enfermedad. ¿Pero quién podia pensar que este testimonio de la bondad de nuestro Salvador le traxese

nuevas contradicciones de parte de los Fariseos? Ellos jamas habian despreciado las ocasiones de contradecirle, y ésta les parece la mas propia para exercitar la malignidad de su corazon y de su lengua. El Evangelio nota que algunos de los Escribas dixéron luego dentro de sí, éste blasfema. Quién le ha dado facultad para atribuirse el derecho de perdonar los pecados, para usurpar á Dios un poder que le pertenece exclusivamente? Y como Jesu-Christo viese los pensamientos de ellos, les hizo ver que aquel que podia sondear la corrupcion de los corazones, podia tambien tocarlos y mudarlos, y así les dixo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? En este lugar reprehende Jesu-Christo á los Fariseos la injusticia de sus pensamientos sobre un objeto solo; pero esta reflexión pudiera muy bien extenderse á todas las circunstancias de vuestra vida en que el espíritu está poseido de la injusticia. No pudieramos deciros con sobrada razon, ¿por qué pensais mal en vuestros corazones? Es decir, ¿por qué os preocupais de un interes sórdido, de un deleyte criminal, de una baxa envidia y

de un orgullo insoportable? ¿No sabeis quán importante es para vosotros el limpiar vuestro espíritu de todo pensamiento capaz de mancharle y pervertirle? Escuchad lo que Jesu-Christo nos enseña en otro lugar del Evangelio: no es lo que come el hombre lo que puede dañarle. En efecto, es indiferente para su alma la buena calidad de los alimentos, y su corazon tiene poco que temer si procura evitar el pecado; pero los malos pensamientos del espíritu que el corazon aprueba, ó que no arroja de sí con todo el horror que merecen, le hacen delinqüente á los ojos de Dios. Los malos pensamientos, dice San Juan Chrysóstomo, son una centella que causa los mayores estragos, porque siempre encuentra en el interior de nuestro corazon materia propia para conservar y propagar el fuego que enciende; y así debemos, prosigue este Santo Doctor, tomar las mismas precauciones para librarnos de los malos pensamientos que regularmente se toman en las casas para apartar el fuego de aquellos lugares donde hay algunas materias combustibles.

Considerad, hermanos míos, cuál sería la confusión de los Fariseos quando Jesu-Christo manifestó al pueblo los sentimientos secretos de su corazón: su vergüenza fué proporcionada á su malicia. ¡Ojalá que se hubieran aprovechado de ella para rectificar la injusticia de sus pensamientos, porque este es el efecto que debe producir en nosotros la certidumbre que tenemos de la ciencia de Dios. Sí, Christianos, este Señor conoce todo el interior de nuestras conciencias. Si nuestra piedad no consiste mas que en exterioridades, si las disposiciones de nuestro corazón desmienten las palabras y las obras; acorémonos que el velo que cubre estas intenciones secretas no será capaz de preservarnos de sus juicios, y de los cargos tremendos que nos ha de hacer en aquel día suyo, en el qual á la vista del mundo entero las pondrá de manifiesto, como tambien los motivos secretos que han dirigido nuestras obras. El pueblo Judío, considerando la prosperidad de los impíos, preguntaba, si la ciencia era una de las perfecciones de su Dios. ¿Pero vosotros no teneis asimismo la temeridad

de hacer igual pregunta, ó por mejor decir, no dudais de esta verdad importante, quando pensais y obrais como si Dios no fuese el testigo de vuestras acciones y pensamientos? ¿No sería mas acertado que dixeseis con el Profeta: ¿en qué lugar podré, Dios mio, esconderme para que no me veais? Si levanto mis ojos á los cielos, encuentro en ellos el trono de tu gloria; y si miro á la tierra, veo que penetras é iluminas la obscuridad de los abismos. Si huyo á las extremidades del mundo, allí me sigues; si recorro el vasto espacio de los mares, siempre estás conmigo, y tú agitas ó detienes sus olas: ¿adónde iré yo pues para evitar tu presencia?

Supuesto pues, Christianos, que no hay un lugar donde no penetre el ojo de Dios, y que por consecuencia no podemos substraernos de su vista, conviene mucho que vuestras acciones sean tales, que no tengais porque avergonzaros de ponerlos en su presencia.

Jesu-Christo, para dar á conocer á los Fariseos toda la injusticia de su murmuracion, les hizo esta pregunta: ¿qué cosa es mas fácil, decir: perdonados te son tus pecados, ó decir: levántate, y

andá? Si hemos de juzgar según la experiencia, ella nos enseña que las menores enfermedades espirituales son de mucha **mas** difícil curacion que las corporales **mas** graves, y que las recaídas en aquellas son mucho **mas** comunes y peligrosas. Se pasa con frecuencia desde las **puertas** de la muerte á una salud perfecta; pero no es muy comun este paso desde el abismo del pecado á las **prácticas** saludables de la penitencia, y á una conversion verdadera. Esta consideracion debe ser muy poderosa **para** velar con **mas** cuidado sobre vosotros mismos; para no mirar con indiferencia las llagas de vuestro corazon, aunque al parecer no sean profundas; y para no creer en fin que habeis llegado al término de la perfeccion, porque empezais á practicar algunas virtudes.

Jesu-Christo, para que conociesen los Fariseos el poder de su palabra, les dixo: pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo entonces al paralítico: levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa. Los padres de la vida espiritual han considerado siem-

pre las curaciones milagrosas que se refieren en el santo Evangelio, como la imágen de la conversion de los pecadores, observando al mismo tiempo, que en los días de Jesu-Christo todo el pueblo era testigo de estas curaciones, las cuales no dexaban en los enfermos ninguna reliquia; y eran tan poderosas y seguras, que no habia un exemplar de que curados una vez, recayesen en las mismas enfermedades.

Pecadores, si habeis dado ya algunos pasos para convertirnos á Dios, procurad que vuestra conversion tenga estos mismos caractéres de perseverancia y de estabilidad. Es preciso que vuestra curacion sea visible; es decir, que sustituyais la edificacion al escándalo, y la regularidad al desórden: es preciso que sea perfecta; es decir, que pongais la atencion **mas** escrupulosa para evitar hasta la apariencia del pecado: en fin es preciso que sea perseverante; es decir, que afirmados en el camino de la justicia, sea tal vuestra fidelidad que no experimente en adelante esas tristes alternativas que hasta aquí os han trastornado. ¿Sentis estos preciosos efectos, hermanos míos? Mi-

134 *Domingo XVIII.*  
rad como el paralítico, hallándose libre de aquel entorpecimiento que le tenia inmóvil, obedece prontamente las órdenes de Jesu-Christo, se levanta, y se va á su casa. Christianos, hace mucho tiempo que os insta Jesu-Christo para convertirnos; su voz se ha dexado oír en vuestro corazón para sacaros del letargo en que estabais sepultados, valiéndose de las ocasiones, de las instrucciones, y de las solemnidades mismas que celebra la Iglesia; pero ¿por qué os mantenéis insensibles á esta voz? ¿Por qué dais lugar á que crezca vuestra enfermedad? Mirad que tal vez habéis llegado al punto terrible en que el endurecimiento debe colmar vuestras injusticias, y que quanta sea la resistencia á las invitaciones que os instan, á las amenazas que os espantan, y á las exhortaciones que os solicitan; tanto mas miserable y peligroso se hará vuestro estado. Mirad que tal vez os falta un solo instante para que no tenga remedio. Levantaos por tanto, pecadores, todavía es tiempo: Jesu-Christo lleno de bondad y de conmiseración os llama, y vuestras llagas no son aun incurables. Mitigad pues la ira del

*despues de Pentecostes.* 135  
Señor, y consolad á la Iglesia con un pronto arrepentimiento; edificad á vuestros hermanos con la sinceridad de vuestra conversión, y animad á los pecadores todos para que se conviertan con una penitencia duradera. La curación de paralítico produjo estos efectos en los espectadores; pero sin embargo estimulados algunos de una secreta envidia conciben designios de venganza contra Jesu-Christo, y estos son los Fariseos: este Señor les prueba su autoridad con sus milagros, y ellos cierran los ojos para no considerarse obligados á someterse á Jesu-Christo: él es aquí la imagen del justo que debe esperar contradicciones en medio de las acciones mismas, aun las mas útiles y loables.

Todo me parece interesante en este santo Evangelio: este pueblo loa al Señor del milagro que acaba de obrar en favor de un miserable, y nosotros lejos de interesarnos en los bienes que concede á nuestros hermanos, los vemos con una secreta envidia, y recibimos sin reconocimiento los que se digna concedernos. Por tanto, si tenemos un corazón verdaderamente reco-

nocido, encontraremos muchas ocasiones de bendecir á nuestro Dios. ¿Acaso serán necesarios prodigios para excitar nuestra gratitud? Pues el Señor los multiplica todos los dias á nuestra vista, y para nuestro provecho. En efecto, la conservacion de la vida, la produccion de las materias que sirven para nuestro alimento; esa Providencia que lo arregla todo con tanta sabiduría, y que lo dispone todo con una economía tan bien entendida, ¿no son milagros mas portentosos aun que aquel que admiramos en el Evangelio de hoy? Pero esto es nada en comparacion de otros mayores prodigios que os interesan sobremanera. Esa vida nueva que hemos recibido en el bautismo; ese aumento de fuerzas que nos ha comunicado el Espíritu Santo en la confirmacion; esos recursos continuos que nos ofrece la penitencia contra la fragilidad de nuestra naturaleza; ese pan que nos alimenta en el altar de una manera milagrosa; esas gracias particulares que concede Dios á cada estado; ¿son acaso milagros ménos maravillosos, y ménos dignos de nuestra atencion y reconocimiento que las cu-

raciones corporales? Sé muy bien que vuestra fe no os permite dudar sobre ninguno de estos artículos; pero permitidme que os invite hoy para dar gracias al Señor por las bondades que ha derramado sobre vosotros, y que diga con el Profeta: ¡Dios mio, qué podré yo daros por tantos bienes como me ha dispensado vuestra mano generosa! ¿Por ventura mi vida, aunque fuese de largos años, bastaría para contarlos, y manifestar mi reconocimiento? Ya que cada instante está señalado con algun beneficio singular, haced, Señor, que esté señalado tambien con testimonios de mi amor, y que yo corresponda con la confianza á vuestros cuidados paternales, con la sumision á vuestros rigores, con la docilidad á vuestras ordenes, con el temor á vuestras amenazas, y con un deseo vivo y ardiente á vuestras promesas. No dexéis, Dios mio, de protegerme, y hacedme digno de ese reyno, donde nunca me cansaré de adoraros, de bendeciros, y de amaros por los siglos de los siglos. Así sea.